

***POEMAS DE  
AMOR***

**Sor Juana Inés de la  
Cruz**

## DETENTE SOMBRA

Detente, sombra de mi bien esquivo,  
imagen del hechizo que más quiero,  
bella ilusión por quien alegre muero,  
dulce ficción por quien penosa vivo.

Si al imán de tus gracias, atractivo,  
sirve mi pecho de obediente acero,  
¿para qué me enamoras lisonjero  
si has de burlarme luego fugitivo?

Mas blasonar no puedes, satisfecho,  
de que triunfa de mí tu tiranía:  
que aunque dejas burlado el lazo estrecho

que tu forma fantástica ceñía,  
poco importa burlar brazos y pecho  
si te labra prisión mi fantasía.

## LA SENTENCIA DEL JUSTO

Firma Pilatos la que juzga ajena  
Sentencia, y es la suya. ¡Oh caso fuerte!  
¿Quién creará que firmando ajena muerte  
el mismo juez en ella se condena?

La ambición de sí tanto le enajena  
Que con el vil temor ciego no advierte  
Que carga sobre sí la infausta suerte,  
Quien al Justo sentencia a injusta pena.

Jueces del mundo, detened la mano,  
Aún no firméis, mirad si son violencias  
Las que os pueden mover de odio inhumano;

Examinad primero las conciencias,  
Mirad no haga el Juez recto y soberano  
Que en la ajena firméis vuestras sentencias  
Rosa divina, que en gentil cultura  
Eres con tu fragante sutileza  
Magisterio purpúreo en la belleza,  
Enseñanza nevada a la hermosura.

Amago de la humana arquitectura,  
Ejemplo de la vana gentileza,  
En cuyo ser unió naturaleza  
La cuna alegre y triste sepultura.

¡Cuán altiva en tu pompa, presumida  
soberbia, el riesgo de morir desdeñas,  
y luego desmayada y encogida.

De tu caduco ser das mustias señas!  
Con que con docta muerte y necia vida,  
Viviendo engañas y muriendo enseñas.

Amado dueño mío,  
Escucha un rato mis cansadas quejas,  
Pues del viento las fío,  
Que breve las conduzca a tus orejas,  
Si no se desvanece el triste acento  
Como mis esperanzas en el viento.

Óyeme con los ojos,  
Ya que están tan distantes los oídos,  
Y de ausentes enojos  
En ecos de mi pluma mis gemidos;  
Y ya que a ti no llega mi voz ruda,  
Óyeme sordo, pues me quejo muda.

Si del campo te agradas,  
Goza de sus frescuras venturosas  
Sin que aquestas cansadas  
Lágrimas te detengan enfadosas;  
Que en él verás, si atento te entretienes  
Ejemplo de mis males y mis bienes.

Si al arroyo parlero  
Ves, galán de las flores en el prado,  
Que amante y lisonjero  
A cuantas mira íntima su cuidado,  
En su corriente mi dolor te avisa  
Que a costa de mi llanto tiene risa.

Si ves que triste llora  
Su esperanza marchita, en ramo verde,  
Tórtola gemidora,  
En él y en ella mi dolor te acuerde,  
Que imitan con verdor y con lamento,  
Él mi esperanza y ella mi tormento.

Si la flor delicada,  
Si la peña, que altiva no consiente  
Del tiempo ser hollada,  
Ambas me imitan, aunque variamente,

Ya con fragilidad, ya con dureza,  
Mi dicha aquélla y ésta mi firmeza.

Si ves el ciervo herido  
Que baja por el monte, acelerado  
Buscando dolorido  
Alivio del mal en un arroyo helado,  
Y sediento al cristal se precipita,  
No en el alivio en el dolor me imita,

Si la liebre encogida  
Huye medrosa de los galgos fieros,  
Y por salvar la vida  
No deja estampa de los pies ligeros,  
Tal mi esperanza en dudas y recelos  
Se ve acosa de villanos celos.

Si ves el cielo claro,  
Tal es la sencillez del alma mía;  
Y si, de luz avaro,  
De tinieblas emboza el claro día,  
es con su oscuridad y su inclemencia,  
imagen de mi vida en esta ausencia.

Así que, Fabio amado  
Saber puede mis males sin costarte  
La noticia cuidado,  
Pues puedes de los campos informarte;  
Y pues yo a todo mi dolor ajusto,  
Saber mi pena sin dejar tu gusto.  
Mas ¿cuándo ¡ay gloria mía!  
Mereceré gozar tu luz serena?

¿cuándo llegará el día  
que pongas dulce fin a tanta pena?  
¿cuándo veré tus ojos, dulce encanto,  
y de los míos quitarás el llanto?

¿Cuándo tu voz sonora  
herirá mis oídos delicada,

y el alma que te adora,  
de inundación de gozos anegada,  
a recibirte con amante prisa  
saldrá a los ojos desatada en risa?

¿Cuándo tu luz hermosa  
revestirá de gloria mis sentidos?  
¿y cuándo yo dichosa,  
mis suspiros daré por bien perdidos,  
teniendo en poco el precio de mi llanto?  
Que tanto ha de penar quien goza tanto.

¿Cuándo de tu apacible  
rostro alegre veré el semblante afable,  
y aquel bien indecible  
a toda humana pluma inexplicable?  
Que mal se ceñirá a lo definido  
Lo que no cabe en todo lo sentido.

Ven, pues, mi prenda amada,  
Que ya fallece mi cansada vida  
De esta ausencia pesada;  
Ven, pues, que mientras tarda tu venida,  
Aunque me cueste su verdor enojos,  
Regaré mi esperanza con mis ojos.

Excusándose de un silencio en ocasión de  
Un precepto para que le rompa

Pedirte, señora, quiero  
De mi silencio perdón,  
Si lo que ha sido atención,  
Le hace parecer grosero.

Y no me podrás culpar  
Si hasta aquí mi proceder,  
Por ocuparse en querer  
Se ha olvidado de explicar.

Que en mi amorosa pasión  
No fue descuido ni mengua  
Quitar el uso a la lengua  
Por dárselo al corazón.

Ni de explicarme dejaba,  
Que como la pasión mía  
Acá en el alma te hablaba

Y en esta idea notable  
Dichosamente vivía;  
Porque en mi mano tenía  
El fingirte favorable.

Con traza tan peregrina  
Vivió mi esperanza vana  
Pues te puedo hacer humana  
Concibiéndote divina.

¡Oh, cuan loco llegué a verme  
en tus dichosos amores,  
que aun fingidos tus favores  
pudieron enloquecerme!

¡Oh, cuán loco llegué a verme  
en tus dichosos amores,  
que aun fingidos tus favores  
pudieron enloquecerme!

¡Oh, cómo en tu Sol hermoso  
mi ardiente afecto encendido,  
por cebarse en lo lúcido,  
olvidó lo peligroso!

Perdona, si atrevimiento  
Fue atreverme a tu ardor puro;  
Que no hay Sagrado seguro  
De culpas de pensamiento.

De esta manera engañaba  
La loca esperanza mía,  
Y dentro de mí tenía  
Todo el bien que deseaba.

Mas ya tu precepto grave  
Rompe mi silencio mudo;  
Que él solamente ser pudo  
De mi respeto la llave.

Y aunque el amar tu belleza  
Es delito sin disculpa,  
Castíguense la culpa  
Primero que la tibieza.

No quieras, pues, rigurosa,  
Que estando ya declarada,  
Sea de veras desdichada  
Quien fue de burlas dichosa.

Si culpas mi desacato,  
Culpa también tu licencia;  
Que si es mala mi obediencia,  
No fue justo tu mandato.

Y si es culpable mi intento,  
Será mi afecto preciso;  
Porque es amarte un delito  
De que nunca me arrepiento.

Esto en mis afectos halló,  
Y más, que explicar no sé;  
Mas tú, de lo que callé,  
Inferirás lo que callo.

Teme que su afecto parezca  
Gratitud y no fuerza



Señora, si la belleza  
Que en vos llevo a contemplar  
Es bastante a conquistar  
La más inculta dureza,

¿Por qué hacéis que el sacrificio  
Que debo a vuestra luz pura  
Debiéndose a la hermosura  
Se atribuya al beneficio?

Cuando es bien que glorias cante,  
De ser vos, quien me ha rendido,  
¿Queréis que lo agradecido  
Se equivoque con lo amante?

Vuestro favor me condena  
A otra especie de desdicha,  
Pues me quitáis con la dicha  
El mérito de la pena.

Si no es que dais a entender  
Que favor tan singular,  
Aunque se puede lograr,  
No se puede merecer.

Con razón, pues la hermosura  
Aun llegada a poseerse,  
Si llega a merecerse,  
Dejara de ser ventura.

Que estar un digno cuidado  
Con razón correspondido,  
Es premio de lo servido,  
Y no dicha de lo amado.

Que dicha se ha de llamar  
Sólo la que, a mi entender,  
Ni se puede merecer,

Ni se pretende alcanzar.

Ya que este favor excede  
Tanto a todos, al lograrse,  
Que no sólo no pagarse,  
Mas ni agradecer se puede.

Pues desde el dichoso día  
Que vuestra belleza vi,  
Tal del todo me rendí,  
Que no me quedó acción mía.

Con lo cual, señora, nuestro,  
y a decir mi amor se atreve,  
Que nadie pagaros debe,  
Que vos honréis lo que es vuestro.

Bien se que es atrevimiento  
Pero el amor es testigo  
Que no se lo que me digo  
Por saber lo que me siento.

Y en fin, perdonad por Dios,  
Señora, que os hable así,  
Que si yo estuviera en mí  
No estuvierais en mí vos.

Sólo quiero suplicaros  
Que de mí recibáis hoy,  
No sólo el alma que os doy,  
Mas la que quisiera daros.

Dos dudas en que escoger  
Tengo, y no se a cual prefiera,  
Pues vos sentís que no quiera  
Y yo sintiera querer.

Con que si a cualquiera lado  
Quiero inclinarme, es forzoso  
Quedando el uno gustoso

Que otro quede disgustado.

Si daros gusto me ordena  
La obligación, es injusto  
Que por daros a vos gusto  
Haya yo de tener pena.

Y no juzgo que habrá quien  
Apruebe sentencia tal,  
Como que me trate mal  
Por trataros a vos bien.

Mas por otra parte siento  
Que es también mucho rigor  
Que lo que os debo en amor  
Pague en aborrecimiento.

Y aun irracional parece  
Este rigor, pues se infiere,  
Si aborrezco a quien me quiere  
¿qué haré con quien aborrezco?

No se como despacharos,  
Pues hallo al determinarme  
Que amaros es disgustarme  
Y no amaros disgustaros;

Pero dar un medio justo  
En estas dudas pretendo,  
Pues no queriendo, os ofendo,  
Y queriéndooos me disgusto.

Y sea esta la sentencia,  
Porque no os podáis quejar,  
Que entre aborrecer y amar  
Se parta la diferencia,

De modo que entre el rigor  
Y el llegar a querer bien,  
Ni vos encontréis desdén  
Ni yo pueda encontrar amor.

Esto el discurso aconseja,  
Pues con esta conveniencia  
Ni yo quedo con violencia  
Ni vos os partís con queja.

Y que estaremos infiero  
Gustosos con lo que ofrezco;  
Vos de ver que no aborrezco,  
Yo de saber que no quiero.

Sólo este medio es bastante  
A ajustarnos, si os contenta,  
Que vos me logréis atenta  
Sin que yo pase a lo amante,

Y así quedo en mi entender  
Esta vez bien con los dos;  
Con agradecer, con vos;  
Conmigo, con no querer.

Que aunque a nadie llega a darse  
En este gusto cumplido,  
Ver que es igual el partido  
Servirá de resignarse.

Ante tus ojos benditos  
Las culpas manifestamos,  
Y las heridas mostramos,  
Que hicieron nuestros delitos.

Si el mal, que hemos cometido,  
Viene a ser considerado,  
Menor es lo tolerado,  
Mayor es lo merecido.

La conciencia nos condena,  
No hallando en ella disculpa,  
Que respecto de la culpa,  
Es muy liviana la pena.

Del pecado el duro azar  
Sentimos, que padecemos  
Y nunca enmendar queremos  
La costumbre de pecar.

Cuando en tus azotes suda  
Sangre la naturaleza,  
Se rinde nuestra flaqueza,  
Y la maldad no se muda.

Cuando el pecado mancilla  
La mente con fiera herida,  
Padece el alma afligida,  
Y la cerviz no se humilla.

La vida suelta la rienda  
En su acostumbrado error,  
Suspira por el dolor,  
Y en el obrar no se enmienda.

Puestos entre dos extremos,  
En cualquiera peligramos;  
Si esperas, no la enmendamos;  
Si te vengas, nos perdemos.

De la aflicción el quebranto  
Nos obliga a la contricción  
Y en pasando la aflicción,  
Se olvida también el llanto.

Cuando tu castigo empieza  
Promete el temor humano;  
Y en suspendiendo la mano,

No se cumple la promesa.

Cuando nos hieres, clamamos  
Que el perdón nos des, que puedes,  
Y así que nos lo concedes.  
Otra vez te provocamos.

Tienes a la humana gente  
Convicta en su confesión,  
Que si no le das perdón,  
la acabarás justamente.

Concede al humilde ruego  
Sin mérito a quien criaste,  
Tú que de nada formas  
A quien te rogará luego.

## NACIMIENTO DE CRISTO

De la más fragante rosa  
Nació la abeja más bella,  
A quien el limpio rocío  
Dio purísima materia.

Nace, pues, y apenas nace,  
Cuando en la misma moneda,  
Lo que en perlas recibió  
Empieza a pagar en perlas.

Que llora el alba, no es mucho  
Que es costumbre en su belleza;  
Mas ¿quién hay que no se admire  
De que el sol lágrimas vierta?

Si es por secundar la rosa,  
Es ociosa diligencia,  
Pues no es menester rocío  
Después de nacer la abeja.

Y más cuando en la clausura  
De su virginal pureza  
Ni antecedente haber pudo,  
Ni puede haber quien suceda,

¿Pues a que fin es el llanto,  
que dulcemente riega?  
Quien no puede dar más fruto  
¿qué importa que estéril sea?

Mas ay, que la abeja tiene  
Tan íntima dependencia  
Siempre con la rosa, que  
Depende su vida de ella;

Pues dándole néctar puro,  
Que sus fragancias engendran,  
No sólo antes le concibe  
Pero después le alimenta.

Hijo y madre, en tan divinas  
Peregrinas competencias,  
Ninguno queda deudor,

Y ambos obligados quedan.

La abeja paga el rocío  
De que la rosa la engendra,  
Y ella vuelve a retornarle con  
Lo mismo que la engendra.

Ayudando el uno al otro  
Con mutua correspondencia,  
La abeja a la flor fecunda,  
Y ella a la abeja sustenta.

Pues si por eso es el llanto,  
Llore Jesús, norabuena,  
Que lo que expende en rocío  
Cobrará después en néctar.

Divino dueño mío,  
si al tiempo de partirme  
tiene mi amante pecho  
alientos de quejarse,  
oye mis penas, mira mis males.

Aliéntese el dolor,  
si puede lamentarse,  
y a la vista de perderte  
mi corazón exhale  
llanto a la tierra, quejas al aire.



Apenas tus favores  
quisieron coronarme,  
dichoso más que todos,  
felices como nadie,  
cuando los gustos fueron pesares.

Sin duda el ser dichoso  
es la culpa más grave,  
pues mi fortuna adversa  
dispone que la pague  
con que a mis ojos tus luces falten,

¡Ay, dura ley de ausencia!  
¿quién podrá derogarte,  
si a donde yo no quiero  
me llevas, sin llevarme,  
con alma muerta, vivo cadáver?

¿Será de tus favores  
sólo el corazón cárcel  
por ser aun el silencio  
si quiero que los guarde,  
custodio indigno, sigilo frágil?

Y puesto que me ausento,  
por el último vale  
te prometo rendido  
mi amor y fe constante,  
siempre quererte, nunca olvidarte.

Traigo conmigo un cuidado  
y tan esquivo que creo  
que aunque se sentirlo tanto,  
aun yo misma no lo siento.

Es amor, pero es amor  
que faltándole lo ciego,  
los ojos que tiene son  
para darle más tormento.

El término no es a quo,  
que causa el pesar, que veo,  
que siendo el término el bien  
todo el dolor es el medio.

Si es lícito y aun debido  
este cariño que tengo  
¿por qué me han de dar castigo  
porque pago lo que debo?

¡Oh cuánta fineza, oh cuántos  
cariños he visto tiernos!  
que amor que se tiene en Dios  
es calidad sin opuestos.

De lo lícito no puede  
hacer contrarios conceptos  
con que es amor que al olvido  
no puede vivir expuesto.

Yo me acuerdo ¡oh nunca fuera!  
que he querido en otro tiempo  
lo que pasó de locura  
y lo que excedió de extremo.

Más como era amor bastardo  
y de contrarios compuesto,  
fue fácil desvanecerse  
de achaque de su ser mismo.

Mas ahora ¡ay de mi! está  
tan en su natural centro,  
que la virtud y razón  
son quien aviva su incendio.

Quien tal oyere dirá  
que si es así ¿por qué peno?  
Más mi corazón ansioso  
dirá que por eso mismo.

¡Oh humana flaqueza nuestra,  
adonde el más puro afecto  
aun no sabe desnudarse  
del natural sentimiento!

Tan precisa es la apetencia  
que a ser amados tenemos,  
que aun sabiendo que no sirve  
nunca dejarla sabemos.

Que corresponda a mi amor  
nada añade, mas no puedo  
por más que lo solicito  
dejar yo de apetecerlo.

Si es delito, ya lo digo;  
si es culpa, ya lo confieso,  
mas no puedo arrepentirme  
por más que hacerlo pretendo.

Bien ha visto quien penetra  
lo interior de mis secretos  
que yo misma estoy formando  
los dolores que padezco.

Bien sabe que soy yo misma  
verdugo de mis deseos,  
pues muertos entre mis ansias,  
tienen sepulcro en mi pecho.

Muero ¿quién lo creará? a manos  
de la cosa que más quiero,  
y el motivo de matarme  
es el amor que le tengo.

Así alimentando triste  
la vida con el veneno,  
la misma muerte que vivo,  
es la vida con que muero.

Pero, valor, corazón,  
porque en tan dulce tormento,  
en medio de cualquier suerte  
no dejar de amar protesto.

## II

Mientras la gracia me excita  
por elevarse a la esfera,  
más me abate a lo profundo  
el peso de mis miserias.

La virtud y la costumbre  
en el corazón pelean  
y el corazón agoniza  
en tanto que lidian ellas.

Y aunque es la virtud tan fuerte,  
temo que tal vez la venganzan.  
que es muy grande la costumbre  
y está la virtud muy tierna.

Obscurécense el discurso  
entre confusas tinieblas  
pues ¿quién podrá darme luz  
si está la razón a ciegas?

De mí misma soy verdugo  
y soy cárcel de mí mesma.  
¿quién vio que pena y penante  
una propia cosa sean?

Hago disgusto a lo mismo  
que más agradar quisiera;  
y del disgusto que doy,  
en mí resulta la pena.

Amo a Dios y siento en Dios,  
y hace mi voluntad mesma

de lo que es alivio, cruz;  
del mismo puerto, tormenta.

Padezca, pues Dios lo manda,  
mas de tal manera sea  
que si son penas las culpas,  
que no sean culpas las penas.

## DÍA DE COMUNIÓN

Amante dulce del alma,  
bien soberano a que aspiro,  
tú que sabes las ofensas  
castigar a beneficios;  
divino imán en que adoro  
hoy que tan propicio os miro  
que me animás a la osadía  
de poder llamaros mío;  
hoy, que en unión amorosa,  
pareció a vuestro cariño,  
que si no estabais en mí  
era poco estar conmigo;  
hoy, que para examinar  
el afecto con que os sirvo,  
al corazón en persona  
habéis entrado vos mismo,  
pregunto ¿es amor o celos  
tan cuidadoso escrutinio?  
que quien lo registra todo  
da de sospechar indicios.  
Mas ¡ay, bárbara ignorante,  
y que de errores he dicho,  
como si el estorbo humano  
obstara al lince divino!  
Para ver los corazones  
no es menester asistirlos;  
que para vos son patentes  
las entrañas del abismo.  
Con una intuición presente  
tenéis en vuestro registro,  
el infinito pasado,  
hasta el presente finito;  
luego no necesitabais,  
para ver el pecho mío,  
si lo estáis mirando sabio,

entrar a mirarlo fino;  
luego es amor, no celos,  
lo que en vos miro.

## LETRAS PARA CANTAR

Hirió blandamente el aire  
Con su dulce voz Narcisa,  
Y él le repitió los ecos  
Por boca de las heridas.

De los celestiales Ejes  
El rápido curso fija,  
Y en los Elementos cesa  
la discordia nunca unida.

Al dulce imán de su voz  
Quisieran, por asistirla,  
Firmamento ser el Móvil,  
El Sol ser estrella fija.

Tan bella, sobre canora,  
Que el amor dudoso admira,  
Si se deben sus arpones  
A sus ecos, o a su vista.

Porque tan confusamente  
Hiere, que no se averigua,  
si está en la voz la hermosura,  
O en los ojos la armonía.

Homicidas sus facciones  
El mortal cambio ejercitan;  
Voces, que alteran los ojos  
Rayos que el labio fulmina.

Quién podrá vivir seguro,  
si su hermosura Divina  
Con los ojos y las voces  
Duplicadas armas vibra.

El Mar la admira Sirena,  
Y con sus marinas Ninfas



Le da en lenguas de las Aguas  
Alabanzas cristalinas:  
Pero Fabio que es el blanco  
Adonde las flecha tira,  
Así le dijo, culpando  
De superfluas sus heridas:  
No dupliques las armas,  
Bella homicida,  
que está ociosa la muerte  
Donde no hay vida

Hombres necios que acusáis  
a la mujer, sin razón,  
sin ver que sois la ocasión  
de lo mismo que culpáis;

si con ansia sin igual  
solicitáis su desdén,  
por qué queréis que obren bien  
si las incitáis al mal?

Combatís su resistencia  
y luego, con gravedad,  
decís que fue liviandad  
lo que hizo la diligencia.

Parecer quiere el denuedo  
de vuestro parecer loco,  
al niño que pone el coco  
y luego le tiene miedo.

Queréis, con presunción necia,  
hallar a la que buscáis  
para prentendida, Thais,  
y en la posesión, Lucrecia.

¿Qué humor puede ser más raro  
que el que, falto de consejo,  
él mismo empaña el espejo  
y siente que no esté claro?

Con el favor y el desdén  
tenéis condición igual,  
quejándoos, si os tratan mal,  
burlándoos, si os quieren bien.

Opinión, ninguna gana,  
pues la que más se recata,  
si no os admite, es ingrata,  
y si os admite, es liviana.

Siempre tan necios andáis  
que, con desigual nivel,  
a una culpáis por cruel  
y a otra por fácil culpáis.

Pues como ha de estar templada  
la que vuestro amor pretende?,  
¿si la que es ingrata ofende,  
y la que es fácil enfada?

Mas, entre el enfado y la pena  
que vuestro gusto refiere,  
bien haya la que no os quiere  
y quejaos en hora buena.

Dan vuestras amantes penas  
a sus libertades alas,  
y después de hacerlas malas  
las queréis hallar muy buenas.

¿Cuál mayor culpa ha tenido  
en una pasión errada:  
la que cae de rogada,  
o el que ruega de caído?

¿O cuál es de más culpar,  
aunque cualquiera mal haga;  
la que peca por la paga  
o el que paga por pecar?

¿Pues, para qué os espantáis  
de la culpa que tenéis?  
Queredlas cual las hacéis  
o hacedlas cual las buscáis.

Dejad de solicitar,  
y después, con más razón,  
acusaréis la afición  
de la que os fuere a rogar.

Bien con muchas armas fundo  
que lidia vuestra arrogancia,  
pues en promesa e instancia  
juntáis diablo, carne y mundo.

## FINJAMOS QUE SOY FELIZ

Finjamos que soy feliz,  
triste pensamiento, un rato;  
quizá prodréis persuadirme,  
aunque yo sé lo contrario,  
que pues sólo en la aprehensión  
dicen que estriban los daños,  
si os imagináis dichoso  
no seréis tan desdichado.

Sírvame el entendimiento  
alguna vez de descanso,  
y no siempre esté el ingenio  
con el provecho encontrado.  
Todo el mundo es opiniones  
de pareceres tan varios,  
que lo que el uno que es negro  
el otro prueba que es blanco.

A unos sirve de atractivo  
lo que otro concibe enfado;  
y lo que éste por alivio,  
aquél tiene por trabajo.

El que está triste, censura  
al alegre de liviano;  
y el que esta alegre se burla  
de ver al triste penando.

Los dos filósofos griegos  
bien esta verdad probaron:  
pues lo que en el uno risa,  
causaba en el otro llanto.

Célebre su oposición  
ha sido por siglos tantos,  
sin que cuál acertó, esté  
hasta agora averiguado.

Antes, en sus dos banderas  
el mundo todo alistado,  
conforme el humor le dicta,  
sigue cada cual el bando.

Uno dice que de risa  
sólo es digno el mundo vario;  
y otro, que sus infortunios  
son sólo para llorados.

Para todo se halla prueba  
y razón en qué fundarlo;  
y no hay razón para nada,  
de haber razón para tanto.

Todos son iguales jueces;  
y siendo iguales y varios,  
no hay quien pueda decidir  
cuál es lo más acertado.

Pues, si no hay quien lo sentencie,  
¿por qué pensáis, vos, errado,  
que os cometió Dios a vos  
la decisión de los casos?

O ¿por qué, contra vos mismo,  
severamente inhumano,  
entre lo amargo y lo dulce,  
queréis elegir lo amargo?

Si es mío mi entendimiento,  
¿por qué siempre he de encontrarlo  
tan torpe para el alivio,  
tan agudo para el daño?

El discurso es un acero  
que sirve para ambos cabos:  
de dar muerte, por la punta,  
por el pomo, de resguardo.

Si vos, sabiendo el peligro  
queréis por la punta usarlo,  
¿qué culpa tiene el acero  
del mal uso de la mano?

No es saber, saber hacer  
discursos sutiles, vanos;  
que el saber consiste sólo  
en elegir lo más sano.

Especular las desdichas  
y examinar los presagios,  
sólo sirve de que el mal  
crezca con anticiparlo.

En los trabajos futuros,  
la atención, sutilizando,  
más formidable que el riesgo  
suele fingir el amago.

Qué feliz es la ignorancia  
del que, indoctamente sabio,  
halla de lo que padece,  
en lo que ignora, sagrado!

No siempre suben seguros  
vuelos del ingenio osados,  
que buscan trono en el fuego  
y hallan sepulcro en el llanto.

También es vicio el saber,  
que si no se va atajando,  
cuando menos se conoce  
es más nocivo el estrago;  
y si el vuelo no le abaten,  
en sutilezas cebado,  
por cuidar de lo curioso  
olvida lo necesario.

Si culta mano no impide  
crecer al árbol copado,  
quita la sustancia al fruto  
la locura de los ramos.

Si andar a nave ligera  
no estorba lastre pesado,  
sirve el vuelo de que sea  
el precipicio más alto.

En amenidad inútil,  
¿qué importa al florido campo,  
si no halla fruto el otoño,  
que ostente flores el mayo?

¿De qué sirve al ingenio  
el producir muchos partos,  
si a la multitud se sigue  
el malogro de abortarlos?

Y a esta desdicha por fuerza  
ha de seguirse el fracaso  
de quedar el que produce,  
si no muerto, lastimado.

El ingenio es como el fuego,  
que, con la materia ingrato,  
tanto la consume más  
cuando él se ostenta más claro.

Es de su propio Señor  
tan rebelado vasallo,  
que convierte en sus ofensas  
las armas de su resguardo.

Este pésimo ejercicio,  
este duro afán pesado,  
a los ojos de los hombres  
dio Dios para ejercitarlos.

¿Qué loca ambición nos lleva  
de nosotros olvidados?  
Si es para vivir tan poco,  
¿de qué sirve saber tanto?  
¡Oh, si como hay de saber,  
hubiera algún seminario  
o escuela donde a ignorar  
se enseñaran los trabajos!

¡Qué felizmente viviera  
el que, flojamente cauto,  
burlara las amenazas  
del influjo de los astros!

Aprendamos a ignorar,  
pensamiento, pues hallamos  
que cuanto añadido al discurso,  
tanto le usurpo a los años.

Pues estoy condenada,  
Fabio, a la muerte, por decreto tuyo,  
y la sentencia airada  
ni la apelo, resisto ni la huyo,  
óyeme, que no hay reo tan culpado  
a quien el confesar le sea negado.

Porque te han informado,  
dices, de que mi pecho te ha ofendido,  
me has, fiero, condenado.  
¿Y pueden, en tu pecho endurecido  
más la noticia incierta, que no es ciencia,  
que de tantas verdades la experiencia?

Si a otros crédito has dado,  
Fabio, ¿por qué a tus ojos se lo niegas,  
y el sentido trocado  
de la ley, al cordel mi cuello entregas,  
pues liberal me amplías los rigores  
y avaro me restringes los favores?



Si a otros ojos he visto,  
mátenme, Fabio, tus airados ojos;  
si a otro cariño asisto,  
asístanme implacables tus enojos;  
y si otro amor del tuyo me divierte,  
tú, que has sido mi vida, me des muerte.

Si a otro, alegre, he mirado,  
nunca alegre me mires ni te vea;  
si le hablé con agrado,  
eterno desagrado en ti posea;  
y si otro amor inquieta mi sentido,  
sáqueseme el alma tú, que mi alma has sido.

Mas, supuesto que muero,  
sin resistir a mi infeliz suerte,  
que me des sólo quiero  
licencia de que escoja yo mi muerte;  
deja la muerte a mi elección medida,  
pues en la tuya pongo yo la vida.

## ESTA TARDE MI BIEN

Esta tarde, mi bien, cuando te hablaba,  
como en tu rostro y tus acciones vía  
que con palabras no te persuadía,  
que el corazón me vieses deseaba;

y Amor, que mis intentos ayudaba,  
venció lo que imposible parecía:  
pues entre el llanto, que el dolor vertía,  
el corazón deshecho destilaba.

Baste ya de rigores, mi bien, baste:  
no te atormenten más celos tiranos,  
ni el vil recelo tu inquietud contraste

con sombras necias, con indicios vanos,  
pues ya en líquido humor viste y tocaste  
mi corazón deshecho entre tus manos.

## ESTOS VERSOS LECTOR MIO

Estos versos, lector mío,  
que a tu deleite consagro,  
y sólo tienen de buenos  
conocer yo que son malos,  
ni disputártelos quiero,  
ni quiero recomendarlos,  
porque eso fuera querer  
hacer de ellos mucho caso.

No agradecido te busco:  
pues no debes, bien mirado,  
estimar lo que yo nunca  
juzgué que fuera a tus manos.  
En tu libertad te pongo,  
si quisieres censurarlos;  
pues de que, al cabo, te estás  
en ella, estoy muy al cabo.

No hay cosa más libre que  
el entendimiento humano;  
pues lo que Dios no violenta,  
por qué yo he de violentarlo?

Di cuanto quisieres de ellos,  
que, cuanto más inhumano  
me los mordieres, entonces  
me quedas más obligado,  
pues le debes a mi musa  
el más sazonado plato  
(que es el murmurar), según  
un adagio cortesano.

Y siempre te sirvo, pues,  
o te agrado, o no te agrado:  
si te agrado, te diviertes;  
murmuras, si no te cuadro.

Bien pudiera yo decirte  
por disculpa, que no ha dado  
lugar para corregirlos  
la priesa de los traslados;  
que van de diversas letras,  
y que algunos, de muchachos,  
matan de suerte el sentido  
que es cadáver el vocablo;  
y que, cuando los he hecho,  
ha sido en el corto espacio  
que ferian al ocio las  
precisiones de mi estado;  
que tengo poca salud  
y continuos embarazos,  
tales, que aun diciendo esto,  
llevo la pluma trotando.

Pero todo eso no sirve,  
pues pensarás que me jacto  
de que quizá fueran buenos  
a haberlos hecho despacio;  
y no quiero que tal creas,  
sino sólo que es el darlos  
a la luz, tan sólo por  
obedecer un mandato.

Esto es, si gustas creerlo,  
que sobre eso no me mato,  
pues al cabo harás lo que  
se te pusiere en los cascos.  
Y adiós, que esto no es más de  
darte la muestra del paño:  
si no te agrada la pieza,  
no desenvuelvas el fardo.

## YA QUE PARA DESPEDIRME

Ya que para despedirme,  
dulce idolatrado dueño,  
ni me da licencia el llanto  
ni me da lugar el tiempo,

háblente los tristes rasgos,  
entre lastimosos ecos,  
de mi triste pluma, nunca  
con más justa causa negros.

Y aun ésta te hablará torpe  
con las lágrimas que vierto,  
porque va borrando el agua  
lo que va dictando el fuego.

Hablar me impiden mis ojos;  
y es que se anticipan ellos,  
viendo lo que he de decirte,  
a decírtelo primero.

Oye la elocuencia muda  
que hay en mi dolor, sirviendo  
los suspiros, de palabras,  
las lágrimas, de conceptos.

Mira la fiera borrasca  
que pasa en el mar del pecho,  
donde zozobran, turbados,  
mis confusos pensamientos.

Mira cómo ya el vivir  
me sirve de afán grosero;  
que se avergüenza la vida  
de durarme tanto tiempo.

Mira la muerte, que esquiva  
huye porque la deseo;  
que aun la muerte, si es buscada,

se quiere subir de precio.

Mira cómo el cuerpo amante,  
rendido a tanto tormento,  
siendo en lo demás cadáver,  
sólo en el sentir es cuerpo.

Mira cómo el alma misma  
aun teme, en su ser exento,  
que quiera el dolor violar  
la inmunidad de lo eterno.

En lágrimas y suspiros  
alma y corazón a un tiempo,  
aquél se convierte en agua,  
y ésta se resuelve en viento.

Ya no me sirve de vida  
esta vida que poseo,  
sino de condición sola  
necesaria al sentimiento.

Mas, por qué gasto razones  
en contar mi pena y dejo  
de decir lo que es preciso,  
por decir lo que estás viendo?

En fin, te vas, ay de mi!  
Dudosamente lo pienso:  
pues si es verdad, no estoy viva,  
y si viva, no lo creo.

Posible es que ha de haber día  
tan infausto, funesto,  
en que sin ver yo las tuyas  
esparza sus luces Febo?

Posible es que ha de llegar  
el rigor a tan severo,  
que no ha de darle tu vista

a mis pesares aliento?

Ay, mi bien, ay prenda mía,  
dulce fin de mis deseos!  
Por qué me llevas el alma,  
dejándome el sentimiento?

Mira que es contradicción  
que no cabe en un sujeto,  
tanta muerte en una vida,  
tanto dolor en un muerto.

Mas ya que es preciso, ay triste!,  
en mi infeliz suceso,  
ni vivir con la esperanza,  
ni morir con el tormento,

dame algún consuelo tú  
en el dolor que padezco;  
y quien en el suyo muere,  
viva siquiera en tu pecho.

No te olvides que te adoro,  
y sírvante de recuerdo  
las finezas que me debes,  
si no las prendas que tengo.

Acuérdate que mi amor,  
haciendo gala de riesgo,  
sólo por atropellarlo  
se alegraba de tenerlo.

Y si mi amor no es bastante,  
el tuyo mismo te acuerdo,  
que no es poco empeño haber  
empezado ya en empeño.

Acuérdate, señor mío,  
de tus nobles juramentos;  
y lo que juró la boca

no lo desmientan tus hechos.

Y perdona si en temer  
mi agravio, mi bien, te ofendo,  
que no es dolor, el dolor  
que se contiene atento.

Y adiós; que con el ahogo  
que me embarga los alientos,  
ni sé ya lo que te digo  
ni lo que te escribo leo.



## DIME VENCEDOR RAPAZ

Dime vencedor Rapaz,  
vencido de mi constancia,  
¿Qué ha sacado tu arrogancia  
de alterar mi firme paz?  
Que aunque de vencer capaz  
es la punta de tu arpón,  
¿qué importa el tiro violento,  
si a pesar del vencimiento  
queda viva la razón?

Tienes grande señorío;  
pero tu jurisdicción  
domina la inclinación,  
mas no pasa el albedrío.  
Y así librarme confío  
de tu loco atrevimiento,  
pues aunque rendida siento  
y presa la libertad,  
se rinde la voluntad  
pero no el consentimiento.

En dos partes dividida  
tengo el alma en confusión:  
una, esclava a la pasión,  
y otra, a la razón medida.  
Guerra civil, encendida,  
aflige el pecho importuna:  
quiere vencer cada una,  
y entre fortunas tan varias,  
morirán ambas contrarias  
pero vencerá ninguna.

Cuando fuera, Amor, te vía,  
no merecí de ti palma;  
y hoy, que estás dentro del alma,  
es resistir valentía.

Córrase, pues, tu porfía,  
de los triunfos que te gano:  
pues cuando ocupas, tirano,  
el alma, sin resistillo,  
tienes vencido el Castillo  
e invencible el Castellano.

Invicta razón alienta  
armas contra tu vil saña,  
y el pecho es corta campaña  
a batalla tan sangrienta.  
Y así, Amor, en vano intenta  
tu esfuerzo loco ofenderme:  
pues podré decir, al verme  
expirar sin entregarme,  
que conseguiste matarme  
mas no pudiste vencerme.

## COGIOME SIN PREVENCION

Cogióme sin prevención  
Amor, astuto y tirano:  
con capa de cortesano  
se me entró en el corazón.  
Descuidada la razón  
y sin armas los sentidos,  
dieron puerta inadvertidos;  
y él, por lograr sus enojos,  
mientras suspendió los ojos  
me salteó los oídos.

Disfrazado entró y mañoso;  
mas ya que dentro se vio  
del Paladión, salió  
de aquel disfraz engañoso;  
y, con ánimo furioso,  
tomando las armas luego,  
se descubrió astuto Griego  
que, iras brotando y furores,  
matando los defensores,  
puso a toda el Alma fuego.

Y buscando sus violencias  
en ella al príamo fuerte,  
dio al Entendimiento muerte,  
que era Rey de las potencias;  
y sin hacer diferencias  
de real o plebeya grey,  
haciendo general ley  
murieron a sus puñales  
los discursos racionales  
porque eran hijos del Rey.

A Casandra su fiereza  
buscó, y con modos tiranos,  
ató a la Razón las manos,  
que era del Alma princesa.

En prisiones su belleza  
de soldados atrevidos,  
lamenta los no creídos  
desastres que adivinó,  
pues por más voces que dio  
no la oyeron los sentidos.

Todo el palacio abrasado  
se ve, todo destruido;  
Deifobo allí mal herido,  
aquí Paris maltratado.  
Prende también su cuidado  
la modestia en Polixena;  
y en medio de tanta pena,  
tanta muerte y confusión,  
a la ilícita afición  
sólo reserva en Elena.

Ya la Ciudad, que vecina  
fue al Cielo, con tanto arder,  
sólo guarda de su ser  
vestigios, en su ruina.  
Todo el amor lo extermina;  
y con ardiente furor,  
sólo se oye, entre el rumor  
con que su crueldad apoya:  
"Aquí yace un Alma Troya  
¡Victoria por el Amor!"

## ESTE AMOROSO TORMENTO

Este amoroso tormento  
que en mi corazón se ve,  
se que lo siento y no se  
la causa porque lo siento

Siento una grave agonía  
por lograr un devaneo,  
que empieza como deseo  
y para en melancolía.

y cuando con mas terneza  
mi infeliz estado lloro  
se que estoy triste e ignoro  
la causa de mi tristeza. "

Siento un anhelo tirano  
por la ocasión a que aspiro,  
y cuando cerca la miro  
yo misma aparto la mano.  
Porque si acaso se ofrece,  
después de tanto desvelo  
la desazona el recelo  
o el susto la desvanece.

Y si alguna vez sin susto  
consigo tal posesión  
(cualquiera) leve ocasión  
me malogra todo el gusto.

Siento mal del mismo bien  
con receloso temor  
y me obliga el mismo amor  
tal vez a mostrar desdén.

## VERDE EMBELESO

Verde embeleso de la vida humana,  
loca esperanza, frenesí dorado,  
sueño de los despiertos intrincado,  
como de sueños, de tesoros vana;

alma del mundo, senectud lozana,  
decrépito verdor imaginado;  
el hoy de los dichosos esperado,  
y de los desdichados el mañana:

sigan tu sombra en busca de tu día  
los que, con verdes vidrios por anteojos,  
todo lo ven pintado a su deseo;

que yo, más cuerda en la fortuna mía,  
tengo en entrambas manos ambos ojos  
y solamente lo que toco veo.

**Freeditorial** 